

*IGNACIO SÁNCHEZ MEJÍAS: LA PASIÓN POR VIVIR.  
UNA MIRADA SOBRE EL HOMBRE*

Manuel Grosso<sup>1</sup>  
Universidad de Sevilla



**E**l punto de partida de esta historia se encuentra en la invitación que me hizo la Universidad del Cairo para que hablase sobre Ignacio Sánchez Mejías dentro de unas jornadas dedicadas a Lorca. El reto me pareció fascinante sobre todo porque sabía que el público era totalmente ajeno al mundo de los toros. Esto facilitaba el hablar de ese otro Ignacio desconocido incluso aquí. La respuesta fue espectacular en primer lugar porque para muchos de ellos Ignacio era un ser mítico, una invención fruto de la mente de Federico García Lorca y en segundo lugar porque al final se quedaron atónitos de la personalidad de Sánchez Mejías y comprendieron en su totalidad la complejidad del poema que dedicó a la muerte de su amigo. Es sin duda el poeta granadino quien da la definición más certera de Ignacio Sánchez Mejías: «Tardará mucho tiempo en nacer,/ si es que nace un andaluz tan claro,/ tan rico de aventura». Un hombre que supo adelantarse a su tiempo creando a su alrededor un espacio creativo difícilmente repetible. Hombre total que hace imposible cualquier encasillamiento. Fascinante y fascinador

---

<sup>1</sup> Profesor titular de Derecho Penal de la Universidad de Sevilla.

cuya sola presencia absorbe para sí la atención de cualquier espectador. Ignacio representa a la perfección el deseo de vivir, de vivirlo todo sin límite, de apurar cada instante, quizá por eso su muerte significó tanto para sus amigos. Es la desaparición definitiva de la luz que alumbra en los malos momentos, la muerte de la seguridad, el final de una época en la que soñar era posible, en la que aún existían ideales que alcanzar.

Ignacio torero; Ignacio autor teatral; Ignacio arreglista musical; Ignacio seductor; Ignacio presidente de uno de los clubes de fútbol con más carisma: el Betis; Ignacio corredor de coches; Ignacio magnífico jugador de polo; Ignacio amigo de sus amigos y responsable directo de la primera reunión que da lugar a la llamada generación del 27; Ignacio descubridor de ese genio que se llamó Fernando Villalón, poeta y garrochista de la vida. Todo esto y más fue Ignacio Sánchez Mejías, un personaje que por lo menos está a la altura de su epítafio que ya es bastante. Poliédrico y contradictorio, esconde no obstante en su interior una lógica aplastante a la que responde aun a su pesar.

Sánchez Mejías es ante todo un sevillano de una Sevilla que a finales del siglo pasado se inventa a sí misma. Sevillano de los que se ejercitan con todas sus fuerzas para que no se note esfuerzo alguno. Medido en su desmesura, espejo de un romanticismo dramático y barroco que le obliga a representar un papel social realmente agotador que terminará finalmente con su vida. Héroe a su pesar, mito en su contra, monumento al ansia de vivir que finalmente quedará inmortalizado por su muerte. Hijo de médico, vecino de una de las dinastías toreras más grandes que jamás existiera, los *Gallos*, representa el ejemplo perfecto de los que luchan contra cualquier destino aunque sepa que al final será lo que tenga que ser. Es precisa-

mente de ellos de quienes aprende, jugando, el difícil arte de torear y también, por qué no, el camino para romper su trayectoria social lógica: haber sido médico como su padre. Él quiere



Fig. n.º 16.— Sánchez Mejías con su cuñado el célebre matador Joselito el Gallo, en Pino Montano (García-Ramos y Narbona, 1988: 75).

re elegir su destino y no que éste le elija a él.

En 1908, con diecisiete años y tras que su padre se enterase de que en realidad no había acabado el bachillerato cuando se suponía que estaba ya en primero de Medicina, viaja a Nueva York de polizón y de allí a México. Su aventura empieza; se busca la vida como puede y en 1910 logra por vez primera, profesionalmente, colocar un par de banderillas. El mito del torero audaz se pone en marcha.

Desde ese año a 1927 su vida es la crónica de un hombre que ha decidido ser figura del toreo a la vez que, poco a

poco, se va convirtiendo en un personaje eje sobre el que de algún modo gira la España intelectual que nace a la par que, también, acaba. De su larga ascensión a la gloria sólo destacar su admiración y lealtad incuestionable al más clásico de los matadores de toros: *Joselito el Gallo*, canon perfecto de una tauromaquia científicamente elaborada y asentada en lo más profundo del conocimiento intuitivo a través de generaciones. Sánchez Mejías no le basta con participar como profesional, él cree firmemente que sólo siendo parte integral de esa familia podrá adentrarse en un toreo auténtico en donde vida y tauromaquia sean un solo concepto, de ahí que termine casándose con la hermana del *Gallo*, Dolores. Es en este preciso momento cuando por vez primera hace aparición el hado maligno de la muerte. Quiere el destino que el 16 de mayo de 1920 el toro *Bailaor* mate en Talavera a *Joselito* y que sea precisamente Sánchez Mejías quien haya de estoquear al toro que venció a quien tantas veces partió en dos las entrañas de animales que le buscaban el corazón. Ese día la tristeza entra en sus ojos y ya nunca le abandonará. Ese día empezó una huida hacia delante en busca de nuevos retos personales, de cuestiones esenciales que no puede llenar sólo con el universo taurino.

Ahora comienza una trayectoria mucho más personal e íntima que tiene como referente geográfico indiscutible una finca a las afueras de Sevilla, Pino Montano, espacio sagrado donde se crea un nuevo concepto en el arte de torear. Perteneciente a *Joselito*, Ignacio se la compra a Rafael quien nunca la abandonará. Arcadía mítica, lugar de encuentro entre intelectuales y toreros como Belmonte. Espacio donde la felicidad es invitada permanente y que, sin embargo, contiene el germen de una hermosa historia de desamor. Tras la

muerte de *Joselito*, Ignacio se aleja poco a poco del mundo taurino, lo que de algún modo afecta a su relación con Dolores, su mujer, educada y criada en la forma más tradicional y que ve que nada puede hacer para recuperar a un Ignacio al que sólo le unen sus hijos y la casa en la que habitan. Apenas si se hablaban, vivían pared con pared pero en universos distintos. Toda Sevilla lo sabía y toda Sevilla lo ignoraba. Quien la había visto bailar alguna vez decía que no había nada igual, por eso es especialmente emocionante oír de labios de su hija que en las noches que presagiaban tormenta, aquellas que sólo el dolor de antiguas heridas anuncia, Ignacio se acercaba al dormitorio de su mujer y simplemente le decía: «Dolores báilame un poco, que el dolor no me deja dormir». Imaginar a esa mujer, sola, en el silencio de la noche, casi en penumbra, bailar para el amor que ya era desamor, bailar para que los fantasmas del dolor desaparecieran, bailar en honor del hombre que acabó con la alimaña que mató a su hermano, es mucho más que una imagen afortunada, es la esencia última que nos une a los nuestros y que nos diferencia de nosotros mismos. ¿Quién pudiera recuperar esos instantes de derrota consentida de Ignacio, de triunfo fugaz de Dolores? Qué dulce rendición, qué amarga derrota.

Para entender a Ignacio Sánchez Mejías hay que entender Pino Montano. Casa de infinitos pasillos e incontables habitaciones. Cortijo andaluz con aires de hacienda árabe que en su máximo esplendor a todos recibía y a todos daba cobijo. Noches de flamenco que duraban días, noches donde Alberti, Lorca o Villalón soñaban con la gloria sin saber que en ese instante habitaban en ella. O la noche que fue el premio Nobel Jacinto Benavente ya muy mayor y que

al preguntarle el anfitrión qué quería para desayunar dijo que un vaso de leche fresca, a lo que Ignacio contesto trayéndole una vaca para que se la ordeñaran delante de él. Pino Montano es, para Sánchez Mejías; Sevilla, sus raíces, su familia, lo propio frente a lo ajeno. El espacio donde buscar refugio, donde perderse de uno mismo para poder encontrarse. Pero, poco a poco, sus estancias allí se espacian y Madrid se ofrece como esa otra vida que está por llegar.

Día a día crece su obsesión por olvidar los toros. Manda a su hijo mayor a estudiar a Suiza para que carezca de contactos con el mundo taurino. En la finca prohíbe hablar de toros hasta el punto que su hija jamás vio a su padre vestido de luces. Sólo al final le regaló una foto tras matar un toro en Cádiz con una dedicatoria especialmente significativa:

«Cien mil toros, mataría  
Para labrarte un camino, de  
Alegría.

Cien mil toros, mataré,  
Para que tú nunca sepas, lo que  
Sé.

Que en la vida, Pirujita, tan  
Bonita.

Se esconden por las esquinas,  
todas las malas partidas.

Y sería mi suerte mala,  
si no te entrego a tus pies,  
como esta muerte, matada,  
tu tristeza,  
atravesada por mi  
espada».



Lám. n.º 28.— El 11 de agosto de 1934, en Manzanares, provincia de Ciudad Real, un toro de Ayala llamado *Grana-dino*, al comenzar la faena sentado en el estribo y darle el segundo pase por alto, como tantas veces solía hacer, le prendió solteó, dramáticamente, entre los cuernos: La corrida fue tan grave que le provocó la muerte (archivo familiar).

Cuánto dolor en cada frase, sólo los suyos justifican un último sacrificio que se convertirá en ofrenda. El reto permanente de vivir al límite lo tiene extenuado y, sin embargo, necesita dinero y probarse por última vez que ya no pertenece al mundo de la tauromaquia sino al de la cultura. De nuevo el destino aparecerá e inmortalizará a Ignacio Sánchez Mejías precisamente como matador de toros aunque esta vez Federico García Lorca convierta su muerte en una obra cumbre de la literatura universal. Pero todo esto quizá sea correr demasiado, volvamos atrás en el tiempo al momento posterior a la muerte de *Joselito*. Es precisamente entonces cuando su carrera como matador de toros llega a su máximo esplendor, noventa corridas ese año, luego vendrá el hastío. Temporadas cortadas de raíz, repetidos anuncios de retirada de los ruedos. Habiéndolo conseguido todo, para qué seguir en un mundo donde el mejor ha fracasado.

El año 1925 marca un giro en su vida. Sus largas temporadas en Madrid le conectan con los intelectuales y comienza su relación sentimental con *la Argentinita*, bailaora excepcional a la que ayuda en el montaje de un espectáculo en el que participan Lorca y Alberti y que, de alguna manera, pudo representar un cambio radical en la concepción de los espectáculos populares aflamencados, pero que desgraciadamente no fue así y quedó como un ejemplo aislado en un mar de obviedades. El 8 de abril de ese año inicia sus colaboraciones con un diario sevillano donde, por primera y única vez, un torero hace las críticas de sus propias corridas. El mundo que le rodea ya no es el cerrado de Andalucía, sino el de los andaluces universales que siempre buscan una revolución estrictamente personal. En esta línea de genialidad provocativa vale



igual dar una conferencia en el Ateneo de Valladolid, vestido de torero aún, un par de horas después de la corrida o introducirse en el mundo del cine actuando en un par de películas. El mundo, de nuevo, se le presenta como exento de límites y sus ilusiones se disparan. Costeado por Ignacio, un grupo de poetas jóvenes marchan a Sevilla para celebrar el centenario de Góngora. Lorca, Alberti, Bergamín, Chabas, Jorge Guillén, Gerardo Diego y Dámaso Alonso, que sin saberlo han dado origen a la generación del 27. Pino Montano durante dos días con sus noches vuelve a ser el centro del universo. Madrugada de anís y cante hondo; el sueño ha comenzado.

Es precisamente ahora cuando Ignacio empieza a tomar conciencia de su giro personal. En 1928 estrena una comedia dramática, *Sinrazón*, que supuso el primer acercamiento al mundo del psicoanálisis del teatro español. El tópico del torero andaluz cae hecho pedazos y, por si fuera poco, ese mismo año estrena su segunda obra *Zaya*. Sus amistades son casi exclusivamente intelectuales y artistas, el mundo de los toros se ha convertido en algo marginal en su vida. En 1929 marcha a Nueva York para preparar un espectáculo musical. Durante su estancia allí pronuncia una conferencia sobre su concepto de tauromaquia en la Universidad de Columbia y en donde se recoge una de las definiciones más bellas del arte de torear que jamás se han dado: «El toreo no es una crueldad sino un milagro. Es la representación dramática del triunfo de la vida sobre la muerte»<sup>2</sup>. ¿Cómo explicarle a un auditorio ajeno a los toros lo esencial que puede llegar a ser en nuestra cultura jugar

---

<sup>2</sup> Ver, en este número de la *Revista de Estudios Taurinos*, págs. 47-68.

con la muerte y vencerla? Por vez primera una figura del toreo es además una figura intelectual de primera magnitud y, por si fuera poco, poliédrica, inclasificable: dramaturgo, periodista, ensayista, incluso arreglista musical.

El advenimiento de la República en 1931 le depara la oportunidad de dedicarse a la política, a lo que renuncia negándose a ser el primer gobernador civil republicano de Sevilla. Su talante liberal resalta aún más con un panorama andaluz en manos de una derecha absolutamente intransigente. Como dato anecdótico, para dejar claro su apoyo a la República frente a sus amistades más conservadoras, manda pintar todas las estufas de Pino Montano con la bandera tricolor. De una forma u otra la vida política lo marca todo. De alguna manera hay que aceptar compromisos en momentos de crisis. Acepta ser presidente de la Cruz Roja sacrificando de este modo su faceta de creador, mientras sigue el Ignacio Sánchez Mejías seductor y fascinante. De nuevo las mujeres hacen de él un mito y sirva de ejemplo el relato de Marcelle Auclair donde, tras contar cómo lo conoce en Madrid y cómo él la sigue hasta París, dice: «Ignacio volvió por la tarde y me llevó a escuchar a los gitanos. Único contacto físico: en el taxi un beso que ha durado de Etoile a Mountrouge». Sánchez Mejías sigue viviendo cada instante en un reto permanente que le lleva de nuevo a Sevilla y al origen de sus orígenes.

El final se acerca, su vida intelectual no puede enterrar la adrenalina de cada tarde de toros. En el fondo echa de menos la consideración de semidioses de los toreros en triunfo. Reaparece el 15 de julio del 34, tiene cuarenta y tres años y él mismo se ve ridículo disfrazado de matador; no obstante, cuando le preguntan por las razones de su vuelta a los

toros responde mayestático: «Lo único que merece la pena en la vida es desear, no resignarse nunca. Yo vuelvo al toreo porque no estoy conforme con el torero que fui antes». Es él último héroe romántico de una generación de españoles que ofrecerían finalmente sus vidas en una contienda inútil.

Su muerte es pura fatalidad; no debía haber toreado ese día, fue una sustitución de última hora, ya incluso había disuelto su cuadrilla pues la temporada llegaba a su fin. Mientras aparecen los subalternos, él se ve obligado a ir al sorteo, cosa que jamás hace un matador. El destino quiso que fuera él mismo quien escogiera al toro que acabaría con él y no precisamente el día de la corrida sino dos días después para que de ese modo fuera el fatídico día 13 el de su muerte. Empieza la leyenda y todos sus amigos poetas comienzan a publicar rimas en su honor. Luis Fernández Ardavín, Miguel Hernández, José María de Cossío, Alberti, Gerardo Diego y Ferderico García Lorca: jamás torero alguno produjo una conmoción semejante en el mundo de la cultura. Dolor por el dolor producido, por lo inútil de un reto carente de sentido; demostrar y demostrarse que la inteligencia siempre vence a la fuerza bruta olvidando que la muerte siempre aparece en el momento anunciado, aunque sea en silencio. Nadie muere el día antes.

Llegado este momento sería injusto, además de parcial, que sólo recordásemos el Ignacio Sánchez Mejías público, el volcado hacia el exterior, hay también otro que sólo desea ver crecer a sus hijos, rodeado de amigos que hacen de la cultura su razón de vivir. El Ignacio patriarca de una gran familia basada en la amistad y en el compromiso con la vida. El Ignacio de Pino Montano, sentado en el jardín pensando en el próximo envite, éste y no el otro quizá sea el hombre que apa-

siona y que es, en verdad, apasionante. Valga de ejemplo la relación entre Sánchez Mejías y García Lorca, de la que apenas se encuentran referencias documentales salvo en la correspondencia de Federico desde Buenos Aires; donde, al hacer referencia al éxito de su estreno teatral en dicha ciudad, le menciona a su padre que le hubiera gustado que el torero hubiese estado presente ya que él fue uno de los pocos que confiaron en su obra. De forma indirecta se sabe que Lorca acudió a Ignacio en momentos bajos para recibir el apoyo y la seguridad que todos buscaban en su personalidad desbordante. Su hija aún recuerda cómo Federico y Alberti pasaban días en Sevilla y cómo ambos ensayaban textos nuevos para teatros infantiles o cómo, una y otra vez, repetían las letras de las canciones hasta que lograban aprendérselas de memoria. Hay un tono familiar que todo lo impregna y que seguramente lo convierte en algo distinto y que explica en parte la conmoción que se produce al saberse su muerte. El propio Lorca se entera camino de Santander, donde debía representar el mismo día 13 algunas de sus obras. Al saberlo reúne a sus amigos más cercanos en el rectorado de la Universidad de La Magdalena y comienza lo que posteriormente sería una de sus obras cumbre.

Me gustaría que quedase claro que Ignacio Sánchez Mejías no fue sólo un matador de toros, mejor de lo que creen muchos críticos, sino un hombre que se adelanta a su tiempo. El *Llanto por la muerte de Ignacio Sánchez Mejías* refleja a la perfección esa complejidad intelectual del sevillano, complejidad que incluye necesariamente contradicciones derivadas de su afán de vivir la vida en todas sus dimensiones hasta alcanzar lo inalcanzable. A cualquiera le hubiera bastado lle-

gar a ser la figura del toreo que él fue, pero a él no, esto era sólo parte de una personalidad que exigía mucho más. Curiosamente en uno de sus pasaportes, en el apartado de profesión puso escritor, no matador de toros.

Es difícil ordenar todo este caos de sensaciones y de vivencias pero creo que a modo de resumen se podrían proponer unas líneas básicas para acercarnos a la personalidad de Ignacio Sánchez Mejías. En primer lugar hay un primer momento en el tiempo donde asistimos a su incorporación al mundo del toreo desde una doble perspectiva; la de la renuncia a su *status* familiar y conjuntamente su incorporación a una dinastía de toreros, no sólo profesionalmente sino también familiarmente al casarse con una de sus miembros. En coherencia con esto, hay un corte radical con todo este mundo tras la muerte de *Joselito* y, en un intento de volver al grupo social al que pertenecía su familia, por ejemplo, reinicia los estudios de bachiller que abandonara al dedicarse a los toros. En segundo lugar es importante resolver el modo en el que se produce el paulatino acercamiento al mundo de la cultura y más concretamente su conexión con una generación posterior a la suya, tras la muerte de *Joselito*. Hay, además, un elemento fundamental en esta relación. La obsesión de Ignacio de no aparecer como un mecenas y a la par la conciencia de no tener méritos suficientes como para considerarse incluido en esta generación de poetas. Como efecto secundario hay una progresiva separación del mundo de los toros que incluso provoca cierta obsesión en su entorno familiar. En otro orden de cosas se inicia aquí una etapa marcada por el intento de reinterpretar lo popular desde perspectivas más cultas. Por último es importante no olvidar su

lado puramente social. La coherencia de sus reivindicaciones al frente del Montepío de Toreros. Su campaña en defensa de instalaciones médicas dignas en las plazas de toros como presidente de la Cruz Roja. Su capacidad de aglutinar intereses a la hora de construir las bases de un colectivo social tan dispar como lo era el Betis de aquellos tiempos o su posicionamiento frente a los empresarios taurinos. Todo ello nos da una imagen de un hombre que se planteaba la vida como un reto constante, un hombre que se planteaba cuestiones muy por delante de las que interesaban en aquel momento. En definitiva, un hombre excepcional e irreplicable que hoy se nos antoja mucho más cercano a nuestra sensibilidad. El problema final sigue siendo, siempre el mismo: cómo abarcar la totalidad de un personaje tan complejo. Aquí sólo me ha interesado plantear algunas líneas de acercamiento al hombre, que en definitiva es lo esencial.

